

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

1, 6, 13 y 20 de enero de 2019

MD 2019 / 01

TRES MILAGROS

La liturgia de laudes de la solemnidad de la Epifanía pone en nuestros labios la siguiente antífona: «Hoy la Iglesia se ha unido a su celestial Esposo, porque, en el Jordán, Cristo ha lavado los pecados de ella, los magos acuden con regalos a las bodas del Rey y los invitados se alegran por el agua convertida en vino. Aleluya».

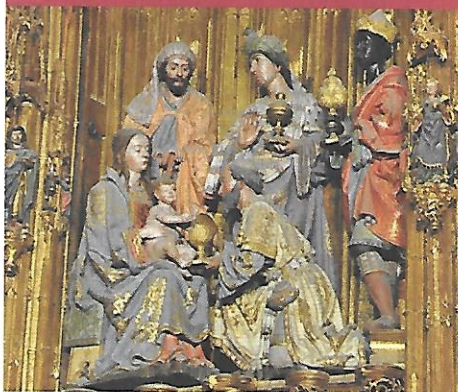
Encontramos los tres milagros de la Epifanía: los magos guiados por la estrella, el bautismo en el Jordán, las bodas de Caná (que el ciclo C proclama en el segundo domingo del tiempo ordinario). Tres manifestaciones de la gloria de Jesús. Aunque el conjunto parezca desordenado. Como si al autor litúrgico se le hubiese ido la olla. Ha borrado el tiempo y el espacio para reunir toda la acción en un momento y un lugar: hoy y en el banquete que celebra la unión de Cristo y la Iglesia.

Este es el banquete en que el agua es convertida en vino: cuando, por el bautismo, la humanidad pasa de la ley de Moisés a la del Espíritu; la hora de Jesús, su pasión; la Cena que se repetirá y actualizará en el espacio y el tiempo la muerte y resurrección de Cristo; el banquete nupcial en la unidad reencontrada con Dios y en el seno de la humanidad, en un mundo restaurado. Y, hoy, nosotros, convertidos en magos, en invitados, en Iglesia, nos alegramos de ello.

Navidad, Epifanía, el Bautismo, Caná son eslabones hacia la Pascua; y la estrella nos guía hasta el encuentro con aquel que disipa las tinieblas de nuestros corazones y nos conduce a la luz eterna.

JORDI GUÀRDIA

Santa María, Madre de Dios
Epifanía del Señor
Bautismo del Señor / C
D. 2 del tiempo ordinario / C



El día de la Epifanía, después del evangelio (o bien en otro momento idóneo, como por ejemplo en el silencio después de la comunión), se puede proclamar el anuncio de la Pascua y de las demás fiestas del año que aquí publicamos. Si se hace después del evangelio, puede efectuarse así: terminado el evangelio, se repite el canto del aleluya y, entretanto, sube un lector al ambón y, terminado el aleluya, proclama el anuncio.

En algunos lugares, además, se acostumbra a colgar este anuncio en la puerta de la iglesia desde Año Nuevo hasta el domingo anterior a la Cuaresma: para ello habrá, simplemente, que ampliar esta hoja para que se lea bien (quitando, claro está, esta nota previa); también se puede repartir como una estampa.

ANUNCIO DE LAS FIESTAS DEL AÑO

La gloria del Señor se ha manifestado en Belén
y seguirá manifestándose entre nosotros,
hasta el día de su retorno glorioso.

Por eso os anuncio con gozo, hermanos y hermanas,
que así como nos hemos alegrado en estas fiestas
de la Navidad de nuestro Señor Jesucristo,
nos alegraremos también en la gran celebración pascual
de la Resurrección de nuestro Salvador.

Así pues, sabed que este año
la ejercitación de la Cuaresma,
que nos prepara para la Pascua,
comenzará el día 6 de marzo, Miércoles de Ceniza,
y del 19 al 21 de abril celebraremos con fe el Triduo Pascual
de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesús.

El día 21 de abril será la Pascua,
la fiesta más grande del año.
Y al cabo de cincuenta días,
como culminación de la cincuentena pascual,
el domingo 9 de junio,
celebraremos la solemnidad de Pentecostés,
el don que Jesús resucitado hace a su Iglesia:
su Espíritu Santo.

Cada domingo nos reuniremos para celebrar la Eucaristía
conmemorando la resurrección del Señor;
y veneraremos también la memoria de la Virgen en sus fiestas,
y de tantos hermanos santos y santas
que nos acompañan en nuestro camino.

Y ya al finalizar el año, el día 1 de diciembre,
iniciaremos un nuevo año litúrgico
con la celebración del domingo primero
del Adviento de nuestro Señor Jesucristo.
A él todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

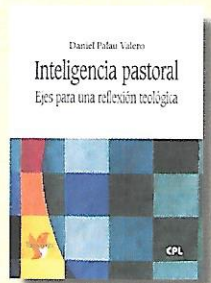


LA DIMENSIÓN CELEBRATIVA

La dimensión celebrativa es esencial a la identidad eclesial. Celebramos lo que somos, y lo que estamos llamados a ser. Se trata de una acción conjunta, un poner en juego al pueblo que acoge y busca el don de la salvación, que libremente Dios ha dado a los que lo buscan con un corazón sincero. La dimensión celebrativa de nuestra fe dice mucho del pueblo fiel y, al mismo tiempo, mucho de la voluntad de Dios de encontrarse con la humanidad en el don de la libertad. Los ritos son los que nos sirven para explicarnos quiénes somos, cómo somos y qué esperamos, porque son los que nos permiten renovarnos y recrearnos. En cada una de nuestras celebraciones, especialmente en la Eucaristía, rehacemos y recuperamos el sentido más profundo del paso de Dios por nuestras vidas, y al mismo tiempo, nos lo apropiamos para poder también nosotros rehacer y recuperar nuestro paso hacia Dios, que hemos conocido a través de su Hijo, Jesucristo. Quien nos ayuda en un sentido y otro son los testimonios de los que nos han precedido, y que hemos recibido a través del legado de la Palabra de Dios, pero también, por la fuerza del Espíritu, presente en nuestras celebraciones.

En cada celebración eclesial la Palabra de Dios es leída, y el Espíritu es invocado. La Iglesia se hace receptora de la historia precedente de la fe de los que han buscado a Dios y lo han visto, pero al mismo tiempo, acoge el Espíritu Santo, que es invocado para que sea Él quien transforme las vidas de los presentes como vivos iconos de la santidad de Dios en medio de su pueblo. Los ritos son también el momento de expresión de la fe en Dios, pero también de la educación y configuración del

La colección Pastoral.doc, que se ha iniciado en 2018, es fruto de la colaboración entre el CPL y la Cátedra de Teología Pastoral «Arzobispo Josep Pont i Gol» de la Facultad de Teología de Cataluña. Su primer número, del cual reproducimos un fragmento, es *Inteligencia pastoral*.



Ejes para una reflexión teológica, del Dr. Daniel Palau Valero, director de la Cátedra. (Precio: 15,00 €).

creyente, y por tanto de la manifestación de lo que comporta la fe en Jesucristo, su Hijo. Las celebraciones rituales quieren ser la práctica sincera de la apertura del propio corazón, y la manifestación de la pedagogía de Dios con su pueblo. Así, también, lo percibió el movimiento litúrgico antes del Concilio Vaticano II, que puso todos los acentos posibles en una renovada comprensión de la relación de Dios con su pueblo a través de la liturgia, como también del sentido real de la participación de los fieles en el acto litúrgico, respetando la prioridad del misterio de Dios.

La dimensión celebrativa describe a los creyentes reunidos en nombre de Dios como una comunidad orante, que anticipa la venida definitiva de Jesús y que, al mismo tiempo, vive y es remitido al sentido salvífico de su esperanza en Jesucristo. El pueblo se adentra por los caminos de la pura gratuidad, en la alabanza y la adoración que es el sentido profundo de la litur-

gia. La acción ritual necesita de la Palabra y del Espíritu para entender el misterio de Dios que habita en el seno de la Iglesia. Este misterio se hace visible, tal como sabemos, en Jesucristo, centro de la propia existencia personal y comunitaria, y en Él nos descubrimos atados al misterio del Dios Trinidad. Será totalmente decisivo que la propuesta y la reflexión teológica pastoral contemple esta dimensión de la liturgia con toda su importancia, procurando remitir siempre la vida al misterio de amor, entrega, muerte y resurrección que se manifiesta en el acto celebrativo.

Es decisivo no perder de vista la importancia de la conexión de la liturgia con la vida, a través de la revalorización de las formas de piedad popular, o de la oración compartida en la liturgia de las horas, o en otras expresiones litúrgicas más personales, como aquellas realidades que favorecen la liturgia doméstica. Un detalle significativo de la comprensión de este ámbito eclesial tiene mucho que ver con la situación de la Eucaristía en el marco de la vida personal y eclesial. La Eucaristía es expresión de la Pascua de Cristo, y la Iglesia, en el tramo de su existencia intrahistórica, vive de ella y a ella se dirige. La Eucaristía no es un acto desligado, ni puntual, ni accidental de la vida cristiana. Se trata del momento central y centralizador, a partir del cual se generan los impulsos para la vida teológica. Esta prioridad de la Eucaristía no hace menguar ni el valor ni la importancia del resto de actos pastorales de la Iglesia. Que la Iglesia sea entendida como comunidad eucarística, y por tanto sacramental, nos predispone a asumir verdaderamente la dimensión celebrativa de la fe, como algo esencial.

Destacamos un elemento importante que se hace presente en la celebración ritual,

se trata de la homilía. Esta debe ser verdadera ayuda para entrar en el campo del misterio de la amistad de Dios con los hombres, puesto que se trata de la actualización de la promesa de Dios en nuestro hoy. Este elemento de la celebración permite conectar la fe con la vida, y al mismo tiempo facilita el acompañamiento de la vida de fe de los creyentes, su sentido de pertenencia eclesial, su espiritualidad y la vivencia de la comunión.

De nuevo, la justa medida entre la Palabra de Dios y el Espíritu se hace totalmente necesaria, para no caer en desequilibrios que perjudiquen la salud pastoral, ni en los planteamientos, ni en las propuestas. Nos referimos a la necesidad de superar tanto el esteticismo como el rigorismo celebrativo.

Por tanto, concluimos que el exceso de la Palabra nos remite fácilmente al rigorismo, al endurecimiento e incluso a aquel barroquismo de la abstracción alejado de las inquietudes y esperanzas de los hombres, y el exceso de la pneumatología nos conduce hacia el esteticismo y un simbolismo con falta de sintonía con el mundo real. Por otra parte, la insuficiencia de la Palabra en la vida cristiana, en la reflexión teológica nos llevaría a lo que podemos denominar como desprogramación o falta de referencia hacia el origen de nuestra fe en Cristo, para hacer, al fin y al cabo, de la celebración una excusa personal o un acto social, y la falta de presencia de la pneumatología nos inclinaría hacia el mundo de la improvisación y de la desconexión eclesial, es decir, del subjetivismo individual o de grupo.

DANIEL PALAU

Del libro *Inteligencia pastoral. Ejes para una reflexión teológica*. CPL 2018



Los tres santos papas del Vaticano II

Con la canonización de Pablo VI el pasado 14 de octubre, su nombre se añade al de su predecesor Juan XXIII y al del sucesor Juan Pablo II, declarados santos anteriormente. Es insólita en la historia la canonización de prácticamente tres papas seguidos (Juan Pablo I fue pontífice tan solo 33 días) y al término de procesos llevados a cabo con celeridad. No es ninguna crítica ni reserva, sino tan solo constatar que tres personajes que han dirigido a la Iglesia católica en la segunda mitad del siglo XX han dejado huella de santidad en el pueblo fiel.

Los tres están vinculados, y con gran protagonismo, en la obra del Concilio Vaticano II, que es sin duda el gran acontecimiento eclesial del siglo. Juan XXIII, por la idea de convocarlo y de presidir la pri-

mera sesión. Pablo VI, por haberlo continuado y llevado a término y dirigir durante trece años su aplicación. Juan Pablo II por haber participado como obispo y, como papa de largo pontificado, haber guiado toda su recepción. Si durante medio siglo la Iglesia católica ha tomado como referencia el Concilio, con el papa Francisco entramos ciertamente en una nueva época en la que la generación del Vaticano II ha desaparecido o ya no tiene un papel relevante en la comunidad eclesial. El acontecimiento y la doctrina del Concilio nos seguirán iluminando, pero ya no podemos referirnos al Vaticano II para construir nuestro presente.

Cada uno de los tres papas tuvo un talante diferente y también una manera diversa de concebir la

reforma en el interior de la Iglesia y de situar la relación de esta Iglesia con el mundo. Cada uno de ellos se entregó con una gran generosidad. A pesar de los límites de toda persona humana y que en el día a día pueden crear perplejidades, a medida que pasa el tiempo estos tres santos papas brillan con luz propia creciente.

Si añadimos que Juan Pablo I se encuentra en proceso de beatificación y teniendo en cuenta la inflación que se ha producido durante estas décadas en el santoral, tal vez llegaremos a la necesidad de celebrar litúrgicamente en una sola jornada «los santos papas del Concilio Vaticano II».

San Juan XXIII

Angelo Giuseppe Roncalli

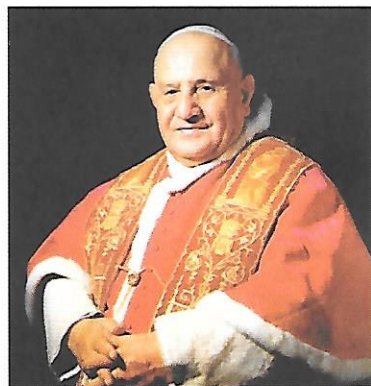
25.11.1881	Nacimiento en Sotto il Monte (Bérgamo)
10.08.1904	Ordenación presbiteral
19.03.1925	Ordenación episcopal
1925-1953	Actividad diplomática en Bulgaria, Turquía, Francia
12.01.1953	Cardenal patriarca de Venecia
28.10.1958	Papa
1961 i 1963	Encíclicas <i>Mater et Magistra</i> y <i>Pacem in terris</i>
11.10.1962	Inaugura el Concilio Vaticano II
3.06.1963	Muere
27.04.2014	Canonización

Querido Juan XXIII:

viviste tu vida entera
con el corazón abierto a Dios
y dispuesto a escuchar sus llamadas, sin temor,
sin encerrarte en seguridades antiguas,
confiando en la gracia del Espíritu
que guía a su Iglesia.
Por eso fuiste capaz de abrir puertas y ventanas,
para que la Iglesia fuese,
en este mundo dolorido,
una fuente de agua fresca para todo caminante.

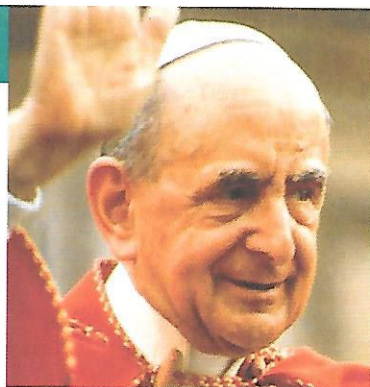
Querido Juan XXIII:

haz que nosotros, y toda la Iglesia, sepamos vivir como tú, con el corazón
abierto a Dios, para poder ofrecer al mundo la felicidad del Evangelio.



San Pablo VI

Giovanni Battista Montini



26.09.1897	Nacimiento en Concesio (Brescia)
29.05.1907	Ordenación presbiteral
1923	Actividad diplomática en Polonia
1937	Substituto en la Secretaría de Estado
12.12.1954	Ordenación episcopal como arzobispo de Milán
15.12.1958	Cardenal
5.12.1962	Intervención en el Concilio Vaticano II
21.06.1963	Papa
Otoños 1963-1965	Sesiones del Concilio
1964, 1967, 1968	Encíclicas <i>Ecclesiam suam</i> , <i>Populorum progressio</i> , <i>Humanae vitae</i>
1975	Año Santo y Exhortación <i>Evangelii nuntiandi</i>
6.08.1978	Muere
14.10.2018	Canonización

Querido papa Pablo VI:

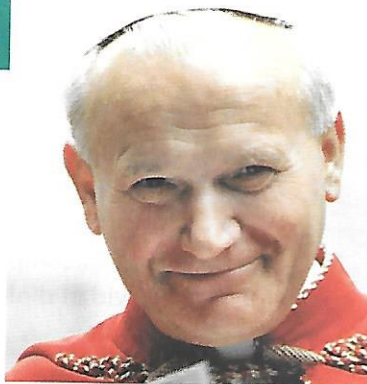
tú llevaste hasta el final
la luminosa intuición
de tu antecesor Juan XXIII
y, guiado por el Espíritu,
condujiste con fe y confianza
el camino tan necesario
de la renovación de la Iglesia,
para hacerla más fiel a Jesucristo
y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.
Ayúdanos a vivir tu misma fe,
tu misma fidelidad y confianza,
tu misma valentía,
para que la Buena Noticia del Evangelio
sea fermento de vida y de felicidad
para el mundo entero.

Recordemos que se puede encontrar una biografía más extensa de los papas Juan XXIII y Pablo VI en la hoja verde (Ministerios, 20) que se publicó en octubre de 2013, y que disponemos de tres pequeños volúmenes de la colección Santos y Santas: **Juan XXIII, papa del pueblo** (núm. 50) de Joaquim Gomís, **Juan-Pablo II, el papa universal**, de Guillermo Juan Morado (núm. 189) y **Pablo VI, el papa del Concilio** (núm. 221) de Josep Lligadas.

San Juan Pablo II

Karol Józef Wojtyła

18.05.1920	Nacimiento en Wadowice (Polonia)
1.11.1946	Ordenación presbiteral
28.09.1958	Ordenación episcopal para auxiliar de Cracovia y desde 1962 arzobispo
Otoños 1962-1965	Sesiones del Concilio
26.06.1967	Cardenal
16.10.1978	Primer Papa no italiano desde 1523
1979-2003	14 Encíclicas
2.04.2005	Muere
27.04.2014	Canonización

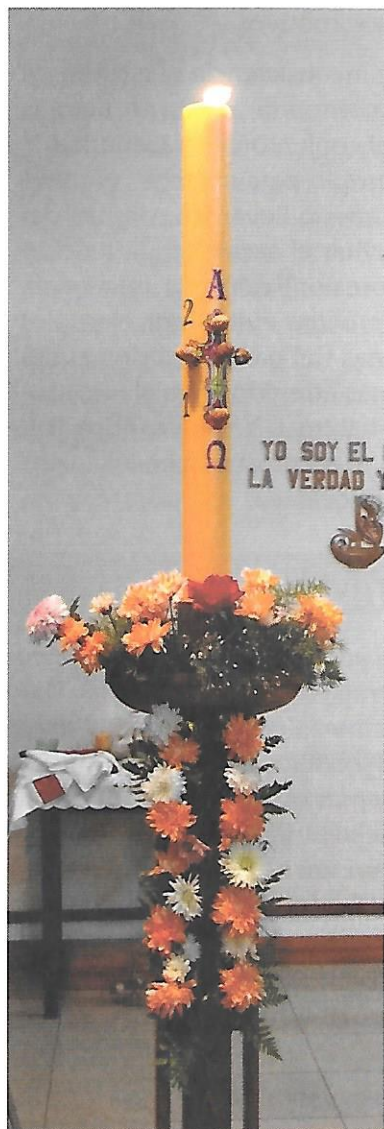


Karol Wojtyła, Juan Pablo II,
tú lograste que el mundo entero
viera en ti el ejemplo de una fe sin fisuras,
profundamente vivida,
deseosa de comunicarse
y de llegar a todos los rincones del orbe.
Toda tu vida fue un seguimiento convencido
de Jesucristo,
el único Señor,
la luz del mundo,
la esperanza definitiva.

Karol Wojtyła, Juan Pablo II,
ayúdanos a vivir esa misma fe tuya,
ese mismo seguimiento convencido,
ese mismo afán
para que la Buena Noticia del Evangelio
alcance a toda la humanidad.

RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAUTISMALES

El día del Bautismo del Señor es una buena ocasión para renovar nuestra fe bautismal. Tal como se explica en la hoja para la celebración, hoy la profesión de fe se puede hacer más solemnemente, cantando el «Credo», o bien recitando la profesión de fe dialogada de la Vigilia Pascual. Aquí ofrecemos el texto que se puede utilizar, para tenerlo más a mano.



Hermanas y hermanos, el día de nuestro Bautismo comenzó nuestra vida de hijos e hijas de Dios, incorporados a Jesucristo muerto y resucitado. Ahora, en esta fiesta del Bautismo del Señor, renovemos de todo corazón nuestras promesas bautismales.

- ¿Renunciáis al pecado para vivir verdaderamente como hijos e hijas de Dios? **SÍ, RENUNCIO.**
- ¿Renunciáis a todas las obras del mal en vuestra vida? **SÍ, RENUNCIO.**
- ¿Renunciáis a vivir pensando solo en vosotros mismos, olvidándoos de los demás y de Dios? **SÍ, RENUNCIO.**
- ¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra? **SÍ, CREO.**
- ¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre? **SÍ, CREO.**
- ¿Creéis en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna? **SÍ, CREO.**

Esta es nuestra fe, la fe de la Iglesia, la que se proclamó en nuestro bautismo y que nos gloriamos de profesar por Jesucristo, nuestro Señor.

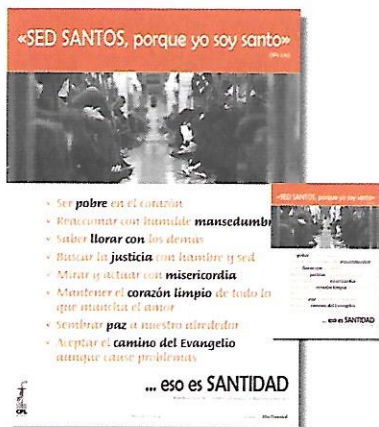
¡HAGÁMOSLO BIEN!

UNO O DOS ACOMPAÑANTES

O, para decirlo con lenguaje litúrgico, uno o dos acólitos. Al menos, los domingos y días festivos. El celebrante, el presidente de la celebración, nunca debería salir solo al altar. Deberían acompañarlo uno o dos miembros de la asamblea, con alba o con vestido de calle, hombres o mujeres, jóvenes o mayores. Por dos motivos.

Uno, para evitar la sensación de soledad e inconsistencia que produce el sacerdote solo en el presbiterio, que comporta al mismo tiempo una sensación de aislamiento respecto del conjunto de la asamblea. Y otro, por razones prácticas, como por ejemplo para sostener el misal o la carpeta de MD al celebrante, o para traer o llevar las patenas del pan y el cáliz de la credencia al altar, y evitar al sacerdote la función de hombre-orquesta (y perdonen la expresión) que con frecuencia debe ejercer, y que también a menudo procura evitar, por ejemplo, dejando desde el inicio el cáliz y las patenas del pan en un rincón del altar. En los países más evolucionados y más atrevidos que el nuestro, esta presencia de acólitos es mucho más habitual. Y van vestidos con alba, tanto si son hombres como mujeres, para mostrar que los laicos y laicas tienen funciones ministeriales reconocidas.

Una nueva sección en nuestra revista



Conducidos por Bernabé Dalmau, monje de Montserrat, durante este año 2019 recorreremos la exhortación apostólica «Gaudete et exultate» del papa Francisco. Podremos fijarnos en un breve fragmento del texto de la exhortación, acompañado de un comentario que nos ayude a interiorizarlo.

Hay que recordar que el CPL dispone también de carteles y de hojitas que presentan una síntesis de esta santidad inspirada en las bienaventuranzas, y que sin duda son un buen instrumento para la pastoral en parroquias, movimientos y comunidades.

Cada cartel, 2,00 €;
200 hojitas, 7,00 €.

Llamados a ser santos y santas

Por Bernabé Dalmau, a partir de la exhortación apostólica «Gaudete et exsultate» del papa Francisco

Los santos de la puerta de al lado

El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad» (*Gaudete et exsultate* 6-7).



Cuando habían de declarar beata a Teresa de Lisieux, los postuladores quisieron hablar con todas las monjas del convento. Al ver de qué iba la cosa, todas se deshicieron en elogios. Salvo dos, que dijeron: «Sí, sor Teresa era una buena monja, pero no hay para tanto!». O sea, que aquellas dos no se habían dado cuenta de que habían convivido con una santa. La reflexión surge de forma espontánea: ¿Ya nos damos cuenta del don de Dios en aquellos «santos de la puerta de al lado» con quienes convivimos?

Última página

PEQUEÑEZ

En nuestras latitudes vivimos un proceso de empequeñecimiento de las comunidades. Comentamos que hay menos gente en misa, que se apuntan pocos niños (o ninguno) a la catequesis, que disminuyen los bautismos de niños y las bodas... Incluso muchos entierros de personas bautizadas, en los tanatorios, se hacen con ceremonia civil. Y ya son pocos los hijos que, transcurridos unos días desde el entierro, piden una misa por la madre o el padre difuntos. Es una realidad que podríamos ir describiendo con más detalles.

Hay que asumir la realidad. Es como es. No debemos lamentarnos. Esta, como cualquier otra, es una oportunidad y debe estimularnos a vivir intensamente la fe cristiana y a dar testimonio de Jesucristo. Debe movernos a plantearnos cómo mostramos Jesucristo a quien no lo conoce. Igualmente, debe animarnos a celebrar bien la liturgia para que alimente la vocación y misión que nos viene del Bautismo.

Dicho esto, tal vez no es fácil asumir el empequeñecimiento de las comunidades. Quizás deberíamos hacer como los apóstoles, que ante la inmensidad de lo que Jesús les

proponía, de perdonar siete veces al día, le piden: «Aumenta nuestra fe». Ciertamente hay que ejercitar la fe. Y experimentar que es en la pequeñez donde el Reino de Dios es más vivo. Leyendo el evangelio, parece evidente que cuanto más pequeños somos más podemos dar: «Muchos ricos echaban mucho, pero se acercó una viuda pobre...; esta viuda pobre – dijo Jesús– ha echado en el arca más ofrendas que nadie...; ella, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

En ocasiones, con tono de resignación, alguien dice que menos eran los que comenzaron. Sí. Y el Espíritu Santo los puso en acción. Nuestra situación, sin embargo, no es la misma. Aquel grupo inicial no tenía nada.

Nosotros tenemos muchas cosas que dos mil años de historia nos han dejado. Los discípulos de aquel Pentecostés inicial vivían con el frescor de quien no tiene nada más que la fe en Jesucristo, aquel a quien el Padre, con la fuerza del Espíritu Santo, había resucitado de entre los muertos.

Nosotros tenemos una gran oportunidad. En la pequeñez tenemos un don, un regalo. Aprovechémoslo.

JOSEP MARIA ROMAGUERA BACH

Centre de Pastoral Litúrgica

☐ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LI

Subscripción anual: 80,50 €

Precio de cada ejemplar: 5,00 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975